

—Vamos — pensaba la supersticiosa — había de ser uno de los dos! ¡El Duque ó el Ministro!  
¡No he sido yo quien ha escogido!

Y mirándose en el cristal de la ventanilla del coche, donde aparecía confusamente su rostro pálido, se envió un beso á sí misma, y alegre como una chiquilla, dijo en voz alta riendo como una loca:

—¡Buenos días, Vanda!.... ¡Señorita Vanda, yo os saludo!

## IX.

El barrio de Monceau es una especie de ciudad completa, surgida bruscamente como por encanto, y como quien dice, de la noche á la mañana; una improvisación á fuerza de millones. En lugar del tugurio del zapatero de viejo, de la taberna con cortinillas encarnadas en la vidriera y de la pobreza del boulevard exterior, aquel rincón de tierra ha visto florecer de pronto, sin saber cómo, todos los estilos de la arquitectura, los disparates de la fantasía: el magnífico castillo antiguo, el *cottage* inglés, la morada á lo Luis XIII codeándose con la casa flamenca, la salamandra de Francisco I

esculpida en la fachada de una vivienda de burgués, y el portalón de estilo gótico abriéndose de par en par, para dejar paso al magnífico carruaje de la entretenida. Una ciudad dentro de otra. Algo de nuevo, de blanco, de insensato, de convencional: lo colosal al lado de lo coquetón, la enormidad de un gran hotel á la americana, proyectando su sombra sobre una casita á la italiana. Algo de parisiense y algo de yankee. El castillo de Blois protegiendo á una chocolatera, y el taller de un artista convertido en salón de un tendero enriquecido.

El hotelito de Vanda — *una de nuestras bellas fugitivas*, como decían las crónicas de los periódicos que se acordaban de ella — hotelito elegante, de aspecto severo por fuera, lleno de juguetes primorosos y de carísimos caprichos de la moda, muy moderno por dentro, pasaba por ser uno de los más coquetones de la calle de Prony. Tenía un cartelón muy triste que decía: *Se alquila*, desde que se marchó la mujer que lo habitaba. Sus balcones cerrados le daban un aspecto sombrío. ¡Tanto silencio después de tanto ruido! Vanda era una muchacha ruidosa, animada, gastadora, loca. Por aquellos balcones se escapaban en otro tiempo trozos de canciones en boga,

acordes de vals, ecos de rigodones. Los caballos de Vanda piafaban alegremente al salir, á la hora de ir al bosque de Bolonia, por el gran portalón que daba entrada á las caballerizas. Y desde hacía algunos meses aquel rinconcito de la calle de Prony estaba silencioso, como abrumado por la tristeza que tienen siempre las cosas abandonadas.

Allí era donde Mariana, jugándose el todo por el todo, había entrado con la cabeza erguida, resuelta á sacudir para siempre la miseria ó á perecer de una vez si fracasaba en su demanda.

La Dujarrier le había ayudado en su instalación, colocando esperanzas en la belleza de la señorita de Kayser, como quien lleva ahorros á una casa de banca. Y al contemplarla despacio, la vieja meneaba la cabeza. Mariana tenía que darse prisa. Estaba pálida, ya cansada; y su hermosura, tanto más notable con aquella languidez interesante, iba llegando á su apogeo, como decía la vieja Celestina.

—Después de todo—se decía para sus adentros la Dujarrier—ése es el momento más á propósito para triunfar. No asciende una á *generala* hasta que es vieja.

Mariana por su parte experimentaba las mismas sensaciones que la Dujarrier. Sentía que lle-

gaba al momento crítico de su vida; aquello era una partida de *bacarrat* que iba á jugar con su suerte. Podía salir de ella rica, segura de no ir á morir en un hospital después de haber paseado por esas calles sus harapos, ó podía salir llena de deudas, perdida para siempre, ahogada. Este término del negocio, cuando pensaba en él, la hacía sonreír irónicamente.

Tenía en contra suya su pasado, su vida de aventuras, casi casi la vida de una mujerzuela; no le faltaba ahora más que las deudas, para ser una de las criaturas más infelices de París.

Había firmado á la Dujarrier pagarés por valor de todo el dinero que le adelantaba la vieja, la cual, para disculparse de aquellas precauciones, le decía:

—De esta manera se tiene cogida á la gente.

Mariana había firmado además todo cuanto la otra le exigía para tener algunos fondos con que empezar á vivir. ¿Qué le importaba zambullirse un poco más hondo, como decía ella, en aquel lenguaje peculiar suyo que tanto tenía del *argot* del arroyo como de la conversación de los salones.

—¡Bah! ¡Yo nado bien!

Y se erguía bruscamente, tranquila por una parte y aguijoneada por otra por la misma Dujarrier, que se encogía de hombros diciendo:

—Cuando una mujer como vos tiene entre sus uñas á un hombre como Vaudrey, á un ministro, tiene asegurado su negocio.

Sulpicio no era hombre capaz de resistir largo tiempo á una parisien tan refinada como Mariana. Habia en él ilusiones y ardimientos, poesías propias de los veinte años, convertidas en apetitos propios de los cuarenta. Muy joven de sentidos y de alma, aquel provincial hambriento de París había sentido al encontrarse frente á frente con Mariana, locos deseos de una vida nueva. El deslumbramiento de su entrada en el ministerio se completaba con la quemadura que le produjeran las miradas de Mariana.

Apenas instalada en la calle de Prony, ella le recordó su promesa de ir á verla. Vaudrey acudió con presurosa curiosidad, y salió de allí mucho más emocionado, más turbado, como si acabase de echar una mirada á un mundo desconocido. El refinado lujo del hotel de Vanda lo había embriagado súbitamente.

Mariana muy tranquila y muy á sangre fría, observaba con cuidado los estragos cotidianos que la pasión iba haciendo en Sulpicio. Observaba sus rápidos progresos con la frialdad de un médico. Dosificaba como si fuera un tósigo el veneno infil-

trado en sus miradas, inyectadas, por decirlo así, con exquisita sabiduría en las venas de aquel hombre. Resuelta á ser su querida, quería hacer como que sucumbía como una loca, en vez de caer como una prostituta.

Con otro cualquiera que no fuese Vaudrey, tal vez se hubiese entregado antes; pero trataba al ministro como trataba en otro tiempo á Rosas. Puesto que esos idealistas aman tanto sus ilusiones, era cosa de recrearse en el platonismo, porque también prefería ser libre un poco de tiempo para no llevar el fardo de placeres de que estaba harta, y que siempre le habían producido más disgusto que embriaguez.

Decíase también que con Sulpicio era necesario jugar claro y amar de verdad. Lo mismo que con Rosas. Pero esta vez no dejaría que se escapase Vaudrey como se había escapado el Duque. Se entregaría en el momento oportuno, segura de que al día siguiente no había de marcharse Sulpicio.

—Rosas estaría aquí—se decía Mariana segura de sí misma—si hubiese sido mi amante.

Después de un momento de tristeza, se encogía de hombros y añadía:

—¡Bah! *Lo escrito, escrito está*, como él decía. Si no tengo á uno, tengo al otro.

El otro evidentemente estaba cada día más enamorado. Acudía presuroso á visitar á Mariana; el coche de alquiler, donde á veces yacía esperándolo su cartera de ministro, se detenía todos los días delante de la casa de Mariana. Se sentía más dichoso cuando creía haber adelantado algo en el afecto de la señorita Kayser, que cuando había conquistado algunos nuevos amigos para su mayoría parlamentaria. Las ambiciones cedían el paso á los deseos ardientísimos de poseer á aquella mujer.

En el ministerio, ya á solas con Adriana á las horas de comer, ya entre los quehaceres de las recepciones íntimas y de las audiencias de por la mañana, se quedaba á veces silencioso, distraído, y en realidad con el pensamiento en la calle de Prony.

Dulcemente, con una encantadora sonrisa que daba remordimientos á Sulpicio, Adriana le conjuraba á que trabajase menos, á que se distrajera, á que no se preocupase tanto con la política.

—Te aseguro que estás muy pálido, que tienes el aspecto fatigado. ¡No trabajes tanto!

—Son estas pícaras necesidades administrativas. ¡Tantos expedientes que examinar!

—Ya lo sé. ¿Pero no tienes al señor Warcolier? ¿No te ayuda? ¿De qué te sirve?

—De nada—contestaba con mal humor el ministro, que por cierto en eso decía la verdad.

Los negocios políticos lo absorbían, en efecto, de tal suerte, que érale necesario robarles un tiempo precioso para ir á hurtadillas á la calle de Prony.

Cierto que se aproximaban las vacaciones parlamentarias y que antes de un mes Vaudrey estaría con ello más libre; pero durante las tres semanas que aun faltaban, el ministro tenía que modificarlo todo, que transformarlo todo, que sanearlo todo, según decía Warcolier en su despacho de la plaza de Beauvau.

¡Qué importa! Siempre encontraba ocasión de escaparse de incógnito en un coche de alquiler á la casa de Vanda. Mariana lo recibía siempre. El criado ó la doncella le abrían la puerta con la deferencia que se muestra á las *gentes* que, en un concepto ó en otro, subvencionan una casa. Para Vaudrey era una especie de misterio la existencia de la señorita de Kayser.

Ramel, que conocía á su tío el pintor, le había dicho lo pobres que eran. ¿Cómo estando el tío en la miseria, se hallaba la sobrina tan lujosamente instalada?

Kayser, á quien había encontrado una vez en

casa de Mariana, le contestó que su sobrina era una muchacha que sabía vivir y conocía el mundo. Pero nada más.

—He tardado mucho en comprender—añadió— todos los recursos que hay en esa cabecita. Me parecía una loca, y el loco era yo creyendo semejante cosa. Es una mujer fuerte, de temple, una verdadera mujer. Sólo le reprocho una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Vaudrey.

—¿Podéis preguntármelo, señor ministro? El género que predomina en su casa. Todos estos juguetitos y bobadas son poco artísticos. ¡Les falta severidad! ¡Les falta moralidad! Quisiera ver aquí cuadros y esculturas que tuviesen estilo. No digo que yo pusiera santitos en todas partes; pero por lo menos alegorías morales, arte austero. En cuestiones de arte no comprendo más que la austeridad. Soy un puritano de la pintura. Por eso no seré nunca nada, porque ahora estamos en los tiempos de los pintores de género y de los acuarelistas.

Y Kayser se marchaba á pintar alegorías, en tanto que digería el almuerzo de hígado de pato rociado con Kummel que acababa de comer en casa de su sobrina.

Vaudrey contemplaba aquellos objetos del Ja-

pón, aquellos estrados, aquellos tapices, aquellos pedestales que soportaban grupos de barro cocido cuyas desnudeces le parecían carnes sonrosadas de mujer, aquella profusión de juguetes, de muebles, de *poufs*, aquel capitoneado de las paredes que parecía puesto expresamente para atenuar las caídas y que daba tentaciones por todas partes de entregarse á los amores de encuentro, á los caprichos con alevosía; y al salir del hotel donde no había dicho á Mariana más que insípidas galanterías, cien veces repetidas, donde ella no le había dicho más que esas palabras acariciadoras de la mujer que quiere entregarse, pero que no quiere ofrecerse, se llevaba en el olfato cierto perfume penetrante á mujer, que le seguía por todas partes y que le obligaba á volver á aquella casa, donde le parecía que iba á encontrar un mundo nuevo para él.

No insistiría mucho tiempo en lo de saber cómo Mariana Kayser había podido procurarse aquellos *bibelots* que tanto ofuscaban el puritanismo del bueno de su tío. Hallábase impulsado á una aventura cuyo aspecto misterioso le agradaba. El hecho mismo de no poderse explicar el misterio de la existencia de aquella mujer lo seducía más aún. Le parecía no sólo que tropezaba con una situa-

cion romántica, sino que él mismo era un héroe de novela. Jamás, allá en los tiempos en que rodaba por el mundo, infeliz estudiante anónimo, envuelto entre la muchedumbre parisiense, al elevar sus sueños hasta alguna pálida aristócrata, hasta alguna muchacha elegante entrevistada en el fondo de un carruaje ó en el antepecho de una platea, jamás en esos casos, se le había ocurrido encarnar su idealizado deseo, en una criatura tan seductora. Sueños de poder, sueños de amor de los veinte años, que acudían ahora á su memoria, porque creía que á los cuarenta se habían hecho tangibles y que sólo necesitaba alargar la mano para tocarlos.

—¿Tendrá razón Ramel—se decía—y seré yo no más que un provinciano sediento de *parisina*? ¿Y qué importa? Que la señorita de Kayser sea lo que quiera, y yo, lo que pueda; me parece que no he amado jamás á nadie como amo á esa mujer.

«Ni siquiera á Adriana.....» añadía muy quedito una vocecilla turbadora que resonaba allá en el fondo de su alma. Pero Sulpicio para ahorrarse la contraba siempre una razón: Adriana no era comparable á ninguna criatura del mundo. Adriana era el encanto, el consuelo constante del hogar. Era la esposa y no la *mujer*. Era la amistad y no el amor.

Vaudrey hubiese dado un brazo por ahorrarle el más pequeño disgusto; pero, sin embargo, no pensaba en ella al tratarse de Mariana. No sabía nada, ni llegaría á saberlo nunca. Por otra parte, ¿qué crimen cometía hasta entonces? Y había una porción de restricciones y reservas mentales en ese *hasta entonces*, que Sulpicio de buena gana hubiese borrado, dispuesto á exclamar con la misma buena fe del marido que engaña á su mujer:

—¿De qué falta soy culpable?

Una tarde—no había sesión en la Cámara aquel día—Mariana se hallaba sentada en su saloncito. Calentando á la clara lumbre de la chimenea la punta furtiva de sus elegantes zapatillas, que se mostraban, como un pájaro que sale del nido, su piquito bajo el bordado de la bata, y con la pierna derecha puesta sobre la otra, parecía meditabunda y preocupada.

Estaba aburrída.

Justa, una doncella que le había recomendado la Dujarrier, acababa de decirle con la sonrisita un poquillo burlona de los criados cuando adivinan ciertos apuros, que el tapicero había estado allí dos veces.

—¡El tapicero!

Y Mariana frunció las cejas imperceptiblemente.

—¿Qué ha dicho?—preguntó.

—Nada; que vendría mañana.

—¿Y á eso le llamas nada?—dijo Mariana riendo con afectación.

Cuando Justa hubo salido de la sala, dirigióse á un mueblecito italiano de ébano con incrustaciones de marfil, que tenía un cajoncillo con cerradura y llave.

Al tirar de él, el ruido á dinero que sonó en el fondo del cajón la hizo sonreír; luego, con la punta de sus blancos dedos extendió en el fondo del cajón las monedas de oro que allí había, y haciendo una mueca cerró el mueble bruscamente, y cruzando los brazos volvió á su sitio de junto á la chimenea y empezó á golpear nerviosamente la alfombra con uno de sus menudos pies.

—El dinero de la Dujarrier no durará mucho—pensaba;—ó por mejor decir, se ha concluido ya.

Proyectaba dar el golpe de gracia. Hasta entonces su aventura con Sulpicio había flotado en el sentimentalismo de la novela ó del romance. El Ministro se creía amado por su propio valer. No veía en Mariana más que una muchacha excéntrica, despreocupada, que olvidaba las preocupaciones y los deberes sociales, que disponía de su vida á su antojo, por no tener que dar cuenta de sus actos

ni á un marido, ni á un amante. Era libre y hacía de su libertad un placer. Sus terribles cuestiones prácticas, las necesidades cotidianas, escapaban á la consideración de aquel hombre, preocupado con las arduas cuestiones de la gobernación del Estado. Ni siquiera se preguntaba que de dónde salía el lujo de Mariana. Iba enloqueciendo poco á poco, sin pensar en analizar ni en saber nada, y con la mayor candidez. La primera palabra de la señorita de Kayser debía despertarlo únicamente.

Sabía que Vaudrey debía ir aquella tarde, y abandonando el amor de la lumbre como á impulsos de una idea súbita, fué á vestirse, poniéndose una bata de raso negro con adornos de terciopelo granate, descotada y que dejaba ver el nacimiento del seno y las blancuras del cuello. Sus cabellos rubios caían sobre el cuello de terciopelo, y aquel rostro pálido, encima de aquel traje extraño, adquiría en medio del saloncito, á media luz, todo el encanto de una aparición.

Sulpicio, al verla, no pudo menos de detenerse un momento para admirarla allí, en el sofá, donde ella le esperaba arreglando un rincón de las sillas.

Mariana le alargó la mano, una mano pálida, lánguida como la de una muerta, y con acento lánguido también, le preguntó que por qué se quedaba allí parado sin acercarse á ella.

—Estoy contemplándoos—dijo el Ministro.  
 —¡Siempre tan galante!—contestó Mariana.—  
 ¿No estáis ya cansado de contemplarme? Ordinariamente los caprichos duran poco tiempo.

—El afecto que os profeso no es un capricho.

—¿Qué es entonces? Tendría curiosidad.....

—Es una verdadera pasión, Mariana; una pasión absoluta, profunda, loca.....

—¡Oh! dejaos, dejaos de eso—contestó Mariana.—Sé que habláis muy bien, porque he oído vuestros discursos en el Parlamento. Una declaración de amor os cuesta lo mismo que una declaración política. Pero hoy, mi querido Ministro, no estoy dispuesta á oírlas, ni siquiera viniendo de vos.

Había en estas últimas palabras cierta ternura que atenuaba un poco el tono de aburrimiento y hastío con que hablaba Mariana. Sulpicio vió en él la aceptación muda de su amor.

—Sí—dijo bruscamente Mariana;—estoy triste, horriblemente triste.

—¿Sin motivo?—preguntó Vaudrey.

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh! No soy de las mujeres á quienes dominan los nervios. Cuando estoy triste, es porque hay motivo. Sabedlo de una vez para siempre.

—¿Y qué motivo es ése? Me alegraría conocerlo, Mariana, porque os juro que vuestros pesares y vuestras tristezas me interesan tanto, que quisiera siempre compartirlos con vos.

—¡Gracias!..... pero hay disgustos vulgares en la vida, que no pueden ser confiados más que á los más íntimos amigos.

—No tenéis otro amigo más sincero y más leal que yo—dijo Vaudrey con el tono de un profundo convencimiento.

Ella lo sabía, porque leía en aquel alma como si fuese en un libro.

—Precisamente cuando se encuentran amigos como vos es cuando más se desea no entristecerlos, para no perderlos, porque sería una estupidez.

—Pero vamos á ver—preguntó Vaudrey acercándose á Mariana.—¿Qué tenéis? yo os suplico que me lo digáis.

Y la miraba con fijeza, buscando en el fondo de sus azules pupilas un secreto ó una confesión que no se le alcanzaba; instintivamente sus dos manos habían cogido las de Mariana, que estaban frías como el hielo, y que ésta le abandonaba. Al inclinarse hacia ella para suplicarla que hablase, sintió la dulzura de aquel aliento, el perfume de aquel entis finísimo y el del raso de la bata que